

—¿Muy en breve?

—Cuando se termine la guerra.

—¿Qué guerra?

—La que no ha empezado.

—No te entiendo.

—Pues es muy fácil. El emperador de los franceses se ha propuesto hacer con los reyes de España lo mismo que ha hecho con los de Etruria, pero como los españoles amamos mas nuestros reyes y no estamos acostumbrados á humillar la frente bajo el yugo de un extranjero, aunque este se llame Napoleon, habrá resistencia, habrá guerra, y yo me batiré, Giovanna, como soldado y caballero (1).

—¿Resistir á Napoleon? ¡Napoleon es invencible! exclamó Giovanna aterrada.

—Mas invencible es un gran pueblo, como es mas grande la mar que un rio, y mas que los mundos el espacio.

Iba Giovanna á replicar; pero se detuvo al ver una sombra que se destacaba en la pared, y tapando la boca al conde para que no hablase, guardaron profundo silencio. La sombra se fué disminuyendo; á pocos momentos un embozado penetró en la estancia, y con ademán franco y resuelto se dirigió hácia la cá-

(1) El conde cumplió su palabra batiéndose denodadamente y muchas veces con fortuna, en la guerra de la Independencia.

mara de la reina; mas antes que penetre en ella vamos á echar una ojeada.

María Luisa, reina de Etruria, estaba sentada en un sofá, rodeada de sus tiernos hijos á quienes acariciaba llorando.

—¿Por qué llora V. madre mia? le preguntó el rey.

—Tú no puedes, hijo de mi alma, comprender la causa de mi llanto.

—¿Han ofendido á V.?

—No, hijo mio.

—Yo soy un niño todavía para defender á mi madre; pero iría á ver á mi tio Fernando, que es rey como yo y ademas hombre, y le pediria que castigase á quien ofendiese á su hermana.

—¡Tu tio Fernando! ¡Sabe Dios si le verás mas!

—Hace mucho tiempo que no le veo, y á fé que lo siento, madre mia. Me regalaba hermosos juguetes, me sentaba sobre sus rodillas y me trataba con amor.

—¡Pobre hijo mio, pobre hijo mio! El amor de madre me ha cegado. Para comprarte una corona he conspirado contra mi hermano, y al despojarlo de la suya no me dan otra para ti.

Las lágrimas de María Luisa eran cada vez mas abundantes, se hallaba al borde de un

abismo , y ella misma con sus propias manos habia preparado la pendiente. Perseguida de remordimientos, no tenia en su pena el consuelo de haber obrado con lealtad , y era mas desgraciada mil veces que aquellos mismos cuya pérdida habia labrado. La presencia de sus tiernos hijos, á quienes amaba con locura, daba nuevo pávulo á su dolor , y las caricias de los inocentes eran nuevas espinas clavadas en su corazon maternal. María Luisa conocia entonces que no hay tormento tan terrible como temer hallarse junto de la persona que se ama.

El niño rey estrechó de nuevo la torneada mano de su madre , y la dijo con voz doliente.

—¿Llora V. acaso , madre mia , porque nos marchamos mañana ?

La reina iba á responder , cuando se abrió la puerta de la cámara penetrando en ella Murat.

—Disimulad , hermana mia , dijo el gran duque , si he llegado aquí sin anunciarme , pero no he encontrado quien lo haga.

—Está dispensado V. A. : con los preparativos de una marcha tan inesperada y tan pronta , reina en palacio algun desórden y no estraño que no haya encontrado V. A. quien le anuncie.

—Así ha sucedido.

Murat se acercó al niño rey en actitud de acariciarle, y el niño se alejó diciendo.

—A los reyes se miran de lejos, y se les pide como un favor tener la honra de besar su mano.

El gran duque se quedó suspenso un instante, plegó despues los labios con sarcasmo y dijo á la reina.

—¿Este niño cree que está en Florencia todavia?

—Su tierna edad, replicó María Luisa, no le permite conocer su mudanza de condicion.

—Ya sabrá V. M. que la junta ha condescendido y dispuesto que mañana parta el infante; en cuanto á V. M. y real familia nunca opuso el menor obstáculo.

—Todo lo sé, gran duque de Berg, la junta y la España conocen que nuestras causas son distintas.

—Aun cuando me sea muy sensible separarme de V. M. la doy el parabien, porque en Bayona la será fácil poner en órden los asuntos de su real familia.

La reina iba á contestar con enojo, pero se contuvo y respondió con aparente sencillez.

—S. M. el emperador de los franceses y

rey de Italia, se encontrará muy ocupado con negocios de mas importancia que los míos, y dudo mucho atienda pronto á mis justas reclamaciones.

—Aconsejo á V. M. que en vez de reclamar suplique.

—Se suplica para pedir gracia; yo no quiero mas que justicia.

—Con todo.

—El tratado de Fontainebleau, hecho sin mi anuencia, gran duque, me privó del reino de Etruria para darme el de la Lusitania septentrional, y supuesto que se ha cumplido el primer extremo, me parece muy puesto en razon que se cumpla tambien el segundo.

—Los tratados se modifican.

—Con el comun asentimiento de todas las partes contratantes. Pero es inútil discurrir sobre hipótesis arbitrarias; si el tratado se modifica será en mi favor ciertamente, y lo deberé á la intervencion de mi hermano el gran duque de Berg.

—V. M., dijo el rey de Etruria, no tiene mas hermanos que Fernando VII, mis tios los infantes D. Francisco y D. Cárlos y las demas testas coronadas.

Murat miró con insultante desprecio al niño, que sostuvo altivamente su mirada, y dijo á la reina:

—Señora, mañana á las nueve estarán enganchados los tiros, y V. M. y real familia saldrán para Bayona.

—Lo sé.

—¿Quién dicta órdenes á mi madre? preguntó el rey con tono resuelto.

—El gran duque de Berg y Claves á nombre del emperador de los franceses.

Iba el tierno rey á replicar, pero á una señal de su madre guardó silencio, volviendo la espalda á Murat: este se levantó de su asiento y dijo á la reina.

—Señora, mis ocupaciones no me permiten permanecer aquí por mas tiempo: tenga V. M. la bondad de presentar mis respetos á sus augustos padres y de consagrar algun recuerdo á su fiel amigo Joaquin.

—Aseguro á V. A. que María Luisa no olvidará nunca su última entrevista con el gran duque de Berg y Cleves.

Murat salió al punto de la cámara y el rey de Etruria dijo á su madre.

—Por Dios, madre mia, que no vea yo mas ese hombre; pues tendré que escupirle en el rostro.

—No le verás mas, dijo la reina.

A la salida del gran duque permanecian en la antecámara Giovanna y el conde de Montijo: pero hacia rato que no hablaban de

sus penas y sus amores, pues desde que penetró Murat en la cámara de Maria Luisa habian estado los dos amantes escuchando la conversacion del lugarteniente y la reina. El conde sorprendió un secreto en esta breve conferencia, pues no se sabia de seguro que la junta hubiese resuelto la próxima marcha del infante. Este secreto importaba mucho á Montijo y á todos los que conocian la infame trama del emperador de los franceses (1). Asi que se alejó el gran duque dijo la florentina al conde.

(1) Desde niño he sido entusiasta de todas las glorias militares, y he perdonado á los guerreros sus crímenes y sus extravíos. Cuando nací hacia dos años que Napoleon espiaba en la roca de Santa Elena sus usurpaciones y sus triunfos: la Europa que lo recuerda hoy con admiracion, se ocupaba entonces muy poco del conquistador destronado, y recuerdo entre las confusas memorias de la infancia que oí la noticia de su muerte. Corrieron años y su renombre fué creciendo cada vez mas. Busqué con afán las historias: admiré al comandante de artilleria, despues al general de Italia, mas tarde al ilustre conquistador de Egipto, al cónsul, al emperador: pero cuando ví su conducta respecto á mi patria la ilusion se desvaneció de repente, y por una reaccion violenta llegué á negar á Bonaparte sus cualidades de capitán y de soldado. La opinion del siglo y de los hombres mas ilustres lo presenta como un capitán superior á los Alejandro y Césares, como un legislador que aventaja á los Licurgos y Solones, como un administrador sin segundo: sostener la opinion contraria será presuncion y locura, no reclamo para mí esta nota; pero sí creo que un hombre verdaderamente grande debe mostrar franqueza, hidalguía y nobleza de corazón. Su conducta con mi país, fué mezquina, pérfida y rastrera, y sino menguó sus proporciones colosales, quedó oscurecido sin duda, porque la nacion española creció mucho mas que el coloso.

—¿Has escuchado atentamente?

—No he perdido una sola palabra.

—¿Y qué dices?

—Que ya está purgando la reina sus pecados.

—Tienes razon.

—Por lo demas creo muy dificil que marche mañana el infante.

—¿Has discurrido algun buen medio para retenernos en Madrid?

—La reina marchará á las nueve, como lo ha dispuesto Murat.

—En ese caso...

—En ese caso tendremos que darnos, Giovanna, el último adios esta noche.

—Tú no me quieres.

—Sí te quiero, pero las circunstancias hablan mas alto que mi voluntad.

—¿Nos separaremos?

—Sí, Giovanna: y lo peor es que va á verificarse al punto.

La reina de Etruria agitó una campanilla de plata.

—¿La reina me llama! dijo la jóven y hermosa camarista.

—Y á mi me llama un deber santo.

—Adios, conde.

—Adios, Giovanna mia.

—¿Cuando nos veremos?

—Sabe Dios.

—¿En dónde nos veremos?

—Giovanna, si no nos encontramos sobre la tierra nos reuniremos en el cielo.

Los dos amantes se estrecharon las diestras derramando lágrimas, y se despidieron con un prolongado y triste adios.

La plaza de Palacio.



Para proseguir sin descanso nuestra narra-  
cion, vamos á echar una ojeada sobre Madrid  
al amanecer el 2 de mayo. Ya hemos dicho que  
la suprema autoridad reside en la junta de go-  
bierno, presidida por el infante D. Antonio y  
compuesta de los cuatro consejeros de la corte,  
na que no habian seguido al monarca. Esta  
junta, débil é indecisa desde un principio de-  
cayó de ánimo á medida que las circunstancias

---

---

## CAPITULO XXVI.

---

### La plazuela de Palacio.

Para proseguir sin descanso nuestra narracion, vamos á echar una ojeada sobre Madrid al amanecer el 2 de mayo. Ya hemos dicho que la suprema autoridad residia en la junta de gobierno, precidida por el infante D. Antonio y compuesta de los cuatro consejeros de la corona que no habian seguido al monarca. Esta junta, débil é indecisa desde un principio decayó de ánimo á medida que las circunstancias

se fueron haciendo mas dificiles y azarosas, y queriendo disminuir su responsabilidad dividiéndola, llamó á su seno á varias personas notables. Fueron los primeros llamados el principe de Castel-Franco, el conde de Montarco y D. Antonio Arias Mon y Velarde, gobernador interino del consejo; agregándoseles el 1.º de mayo todos los presidentes y decanos de los consejos, y nombrando por secretario al conde de Casa-Valencia. Era capitán general de Castilla la Nueva D. Francisco Javier Negrete, gobernador español de la plaza el general Sesti, y teniente corregidor de Madrid D. Leon Sagasta.

Murat reiteró en 1.º de mayo, como en otro lugar dijimos, la demanda acerca del infante; tomando á su cuidado, segun decia, evitar á la junta cualquiera desazon ó responsabilidad. La decision era importante y los pareceres se encontraron muy divididos. El anciano y firme Gil y Lemus tomó el primero la palabra oponiéndose á la partida del infante y opinando habia llegado la ocasion de oponer la fuerza á la fuerza. Este bizarro parecer encontró grandes simpatías en muchos miembros de la junta, y casi de comun acuerdo se preguntó al ministro de la Guerra qué medios habia de defensa y la manera de aprovecharlos. Ofarril, en vez de animar á sus entusiasmados compañeros,

trazó un cuadro triste, si bien exacto, de la situación de Madrid apreciada militarmente: encareció los malos resultados que podía traer la resistencia hasta punto que una gran mayoría opinó no solamente por no organizarla sino también por contener con los soldados españoles cualquier movimiento popular. Igualmente se resolvió el viage de la reina de Etruria y del infante D. Francisco, mandando á las autoridades de la córte que procurasen mantener el orden á toda costa.

Con arreglo á estas órdenes de la junta el capitán general Negrete dió las suyas, para que los regimientos españoles no se movieran de sus cuarteles y los comandantes de puestos militares los sostuvieran con todo empeño.

El gran duque de Berg habia tomado las precauciones convenientes para el buen logro de su intento, y conociendo muy á fondo la debilidad de la junta, deseaba con ánsia el momento de la partida del infante persuadido que el pueblo se agitaría al verle marchar, proporcionándole un pretesto para hacer uso de la fuerza, amedrentarlo, y tomar cumplida y sangrienta venganza del desaire que habia recibido poco antes.

Ya que conocemos á fondo las respectivas posiciones del gobierno español y del arrogante francés, vamos á echar una ojeada sobre al-

gunos de los personajes que figuran en primer término de esta historia.

Han trascurrido muchos dias desde la noche en que Manuel quiso asesinar á Dolores y nada hemos dicho de su suerte; justo nos parece por lo tanto consagrarla las primeras líneas.

Aunque de corazon intrépido y verdaderamente varonil, al ver la punta del puñal tan cerca de su corazon y dirigido por el hombre á quien amaba con delirio, lanzó un ¡ay! triste y apagado, y perdió el sentido enteramente. Cuando volvió de su letargo, procuró coordinar sus ideas, pero eran tan vagas y confusas que no lo logró en mucho tiempo. Sus miradas tristes é inciertas jiraban por el aposento, y sus labios balbuceaban algunas palabras inco-nexas.

—He visto á Manuel, decia; he visto una sombra que se interpuso entre los dos. Me quedé ciega: ví. El gran duque. Manuel..... un puñal..... Iba á herirme..... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué me sucede; en dónde estoy?

La jóven se levantó de pronto y puso su pie sobre el puñal que habia dejado caer Manuel. Este puñal fué despejando su cerebro: se apoderó de él con mano trémula, y despues de haberlo contemplado, dijo con profundo dolor.

—No tengo ya la menor duda; es un puñal,

es su puñal. ¡Oh que hermoso estaba mi Manuel con este puñal en su diestra: parecia un ángel esterminador, el arcángel de las venganzas. Manuel me creyó criminal y quiso asesinar-me; Manuel estaba en su derecho. Si hubiera traspasado de un golpe este corazon que tanto le ama, habria yo besado mil veces su mano empapada en mi sangre: le hubiera robado á Dios mi alma para dejármela con él.

Dolores se apretó la frente, meditó, y prosiguió diciendo:

—¡Qué felicidad! Manuel me ama: la vieja bruja me engañó. Manuel no puede amar á otra. Me dió su palabra de honor de no haberme ofendido, y su palabra es inviolable. Manuel me ama. Me vuelvo loca de placer.

La jóven se interrumpió de nuevo, y á medida que meditaba se estendia por sus mejillas y su frente una extraordinaria palidez: gruesas lágrimas empañaban sus anchas pupilas de azabache, y ardientes suspiros salian por sus labios secos y ardientes. Hizo un esfuerzo sobre sí y prosiguió:

—Esta tarde me amaba, pero esta noche me desprecia.

Volvió á interrumpirse y despues de una corta meditacion prosiguió murmurando.

—Mañana iré á buscarlo, á convencerlo: es imposible que yo viva asi una semana.

Dolores pasó toda la noche sin dormir un solo momento, al dia siguiente muy temprano salió en busca del que tanto amaba, pero volvió á la media noche sin haber logrado su intento, y solo dijo al acostarse.

—Volveré á buscarlo mañana.

Todos los dias salia Dolores animada con la esperanza de ver á su amante, y todas las noches volvía triste y meditamunda, repitiendo: «Volveré á buscarlo mañana.» La noche del 1.º de mayo repitió lo mismo que 23 noches antes. «Volveré á buscarlo mañana.»

Manuel se alejó de Madrid entregado al profundo dolor que despedazaba su alma: pedía á Dios olvidad ó morir; pues ya sabia por esperiencia que no podria esconder su puñal en el corazon de Dolores. Las zozobras y los cuidados de su arriesgada comision le distrajeron algun tanto, mas desde su vuelta á Madrid le perseguian con mas empeño, con obstinacion inaudita sus inquietudes y sus celos. Esclavo de una sola idea no podia alejarla de sí, y era su tormento mas grave amar todavia á la muger que le habia ofendido infamemente. Temiendo encontrarse con Dolores, se impuso prision voluntaria, tomando por cárcel la casa de su protector; pero en la madrugada del 2 de Mayo apretó con efusion la mano del conde y se dirigió á la Plazuela de la Cebada.

En la tarde del 30 de abril vimos á la seductora Elisa Tellez y presenciámos su conferencia con el capitán de artillería. Las amargas palabras de Luis hicieron profunda impresión en el alma ardiente de la jóven; y como no se hallaba á su lado el único hombre que podia borrarlas en un momento, se perdía entre los ocultos abismos de su misterioso porvenir.

Luis habia sentido reanimarse todo el odio que habia profesado al gran duque, y esta pasión terrible y fiera le habia prestado tal energía, que Rosa se daba el parabien de la borrascosa entrevista, creyendo curado á su hermano. Daoiz se hallaba encargado á la sazón del detall de la plaza de Madrid y de la tropa de artillería destacada en ella; y en virtud de las órdenes comunicadas por el capitán general para que las tropas no se movieran de sus cuarteles, se encontraba Daoiz en la mañana del 2 de mayo con sus artilleros en el parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monte-Leon.

Velarde, siempre dispuesto á organizar la resistencia contra el francés, desde su última entrevista con el gran duque ansiaba llegase el momento de lavar su agravio con sangre, y solo discurría en los medios de hacer mas daño á su enemigo. La noche del 1.º de mayo se

despidió de su amada Rosa con las lágrimas en los ojos, y preguntando por la niña cuál era la causa de su dolor, respondió con profunda tristeza. «Mañana lo sabrá V., Rosa.»

No desperdició el conde de Montijo la noticia que había adquirido en la antecámara de la reina, y apenas salió de palacio se apresuró á comunicarla á personas interesadas en que no se llevase á efecto la próxima marcha del infante. Corrió la noticia de boca en boca, y al amanecer del día 2 se notaban algunos síntomas de fermentacion y disgusto. El general desasosiego se iba aumentando por instantes, y á las ocho de la mañana un extraordinario concurso de hombres y mugeres del pueblo llenaba casi enteramente toda la plazuela de Palacio. La inquietud y el sordo murmullo que son consiguientes á las numerosas concurrencias tenian un carácter siniestro, présago sin duda de desgracias; y sin saber cómo impedir la partida de D. Francisco todos se encontraban dispuestos á que no se llevase á cabo.

La vista de los carruajes preparados para los viajeros irritaba á los concurrentes, y entre fábulas inventadas por imaginaciones romancescas se hacian cálculos muy fundados y se daban noticias ciertas minuciosamente referidas. El instinto popular suplía algunos datos que faltaban, y los niños y las mugeres discurs-

rian con mas acierto y mas aplomo que los supremos gobernantes. La indignacion era profunda, todos los corazones latian por un mismo impulso, todas las ideas se reunian en un pensamiento general, y solo faltaba una chispa para producir un incendio. Entre los animados grupos que poblaban las inmediaciones de palacio, habia uno compuesto de hombres jóvenes y robustos en cuyos tostados rostros se leia un valor indómito y fiero. Habian altercado largamente sobre lo que era necesario hacer, y variaban las resoluciones al tenor de la última noticia que les daban, ó de la última conjetura que formaba cada cual de ellos: á este grupo se llegó un hombre mas resuelto que los demas, y á quien acogieron con muestras de cariño y aun de respeto: el recién llegado era Manuel.

—¿Qué tenemos? preguntó el buen mozo con voz serena, pero triste.

—Eso quisiéramos saber: le replicaron varias voces.

—Pues es muy fácil daros gusto y voy á intentarlo, señores.

—Todos te escuchamos atentos.

—¿De qué hablábais, amigos míos, cuando llegué á vosotros?

—¿De qué? de la partida de un niño que quieren llevarse.

—Ya veis, valientes camaradas, que estan preparados los coches.

—¿Y tú piensas...

—Yo pienso que el gran duque llevará á cabo su proyecto.

—¡Imposible, Manuel, imposible! gritaron cien voces á un tiempo.

—¡Ojalá tuviérais razon, pero os engaña el buen deseo.

—¿Por qué muestra Murat tanto empeño en llevarse á ese niño?

—Porque el emperador de los franceses no quiere que el valiente pueblo español pueda agruparse alrededor del último Borbon que nos queda, aunque este último Borbon sea un niño.

—¿Y por qué ese empeño de parte del emperador de los franceses?

—Porque el emperador se ha propuesto quitar la corona de las sienes de los descendientes de las novilisimas casas de Austria y Borbon, para ceñirla á uno de los miembros de la familia Bonaparte: porque quiere echar de una vez á los señores de ese alcázar, para que venga á alojarse en él algun miembro de su familia; porque quiere asentar sobre el tronco de Recaredo y de San Fernando á un individuo de la convencion ó del consejo de los quinientos: porque quiere poner el cetro del emperador Carlos V en la diestra de algun pa-

riente para manejarlo á su antojo: porque quiere, señores, que seamos una provincia de la Francia. ¿Lo seremos?

—No: gritaron todos.

Iba Manuel á proseguir, pero le interrumpió un rumor sordo y una repentina oleada. La numerosa concurrencia se dirigia atropelladamente hácia la puerta de palacio, ansiosa de ver mas de cerca algun suceso interesante. El buen mozo no podia llegar con la rapidez que deseaba, é interesándole mucho saber lo que estaba pasando, dijo á sus robustos compañeros.

—Levantarme sobre vuestros hombros.

Sus amigos no vacilaron, y desde aquella especie de atalaya descubrió lo que sucedia junto al pórtico del palacio.

—Dinos, Manuel, cuánto suceda, gritó una voz.

—Voy al momento, pero no es cosa de cuidado. La reina de Etruria y sus hijos estan bajando la escalera: han llegado al coche; entran en él: el lacayo cierra la puerta: ya cruje el látigo del postillon y salen al trote los caballos.

—Buen viaje.

—Silencio, señores: es una muger, una reina y la hermana de Fernando VII. Silencio, señores, respeto y Dios la ampare y la defienda.

En efecto, la reina de Etruria acompañada de sus hijos habia ocupado uno de los coches, y dado el postrer adios con lágrimas al régio alcázar de sus padres: el pueblo la miró partir sin darla muestras de simpatía, pues su continuo y secreto trato con Murat le habia valido el desamor de los españoles honrados amantes de la dinastía que habian elevado sus mayores.

Así que hubo visto Manuel la partida de María Luisa, dejó de un salto su atalaya, y á la cabeza de sus amigos llegó á la puerta de palacio. El gentío crecia cada instante y la vista de los dos coches preparados segun se decia para los infantes, tio y sobrino, aumentó el enojo é ira del pueblo. Al encuentro de Manuel salió un antiguo criado del infante don Francisco de Paula, y con los ojos bañados en lágrimas le dijo:

—¿Sabe V., Manuel, lo que sucede?

—Demasiado lo veo por desgracia.

—V. solo vé el resultado, pero los detalles son tristísimos.

—Hable V., por Dios, hable V. ¿Qué está sucediendo?

—El infante no quiere marchar de ningun modo.

—¿De veras?

—Está llorando á lágrima viva, y dice co-

sas, amigo mio, que ablandan á un corazon de mármol.

—¿Qué dice el infante, qué dice?

—Dice que ha nacido en España y que quiere morir en ella.

—Buen español; ¡voto al demonio!

—Que aunque esté ausente su familia él se contempla muy seguro entre sus amados españoles, sus buenos y fieles amigos.

—Buen español, gritaron á un tiempo cien voces roncadas y robustas.

—Quiere que consulten al pueblo sobre su partida.

—Bien, bien.

—Quiere que el pueblo le defienda.

—¡Viva el infante D. Francisco! gritó Manuel con voz de trueno.

—¡Viva, viva, viva el infante! repitieron veinte mil voces: y todos los que habian escuchado aquellas sentidas palabras, se derramaron repitiéndolas para comunicar su ardor á la entusiasta muchedumbre.

De boca en boca circulaba la palabra de D. Francisco, echando en el pueblo de Madrid las gérmenes del tierno amor que le ha profesado desde entonces: y en efecto, el dia 2 de Mayo la causa del pueblo de Madrid y la del hijo de Carlos IV se hicieron una indivisible. De boca en boca, repetimos, corrian

las palabras del infante, cuando se presentó Mr. Lagrange, ayudante del gran duque de Berg, á informarse de lo que pasaba y quizás con el doble objeto de dar impulso á la partida de los infantes. Al ver el pueblo al ayudante, reconocido como tal por su particular uniforme, no puso límites á su enojo, y al grito de una pobre vieja de «*que nos los llevan* (1)» se lanzó sobre Mr. Lagrange para saciar así su saña sobre un enemigo que la suerte entregaba á su justo furor.

Al ver á Lagrange en peligro, el bizarro oficial de Walonas D. Miguel Desmaisieres y Flores atravesó la muchedumbre y pretendió escudarlo con su cuerpo de los golpes que le dirigian. El pueblo ciego en su furor hubiera inmolado á los dos sin un auxilio inesperado. Este auxilio fué una voz sonora que gritó á lo lejos: «Deteneos, un solo enemigo es muy poco para el valiente pueblo de Madrid.» A esta voz quedó libre Lagrange, y pudo acojerse á un destacamento francés que se acercaba en su socorro y le puso en seguridad.

El gran duque de Berg y Cleves habian tomado la noche antes todas las precauciones

(1) Esta anciana se colocaba diariamente al pie de la escalera de palacio, cuando estaba la córte en Madrid, y pedia limosna á la esposa de Carlos IV, la que no se la negó jamás.

militares que creyó podrian contribuir al buen éxito de su plan. Desde la seis de la mañana estaban reunidos en su palacio muchos gefes de alta graduacion y el numeroso estado mayor que le acompañaba de costumbre. Algunos escuadrones de la guardia, batallones y artillería estaban en correcta formacion á las inmediaciones de su alojamiento, como una jaula de lebreles, prontos á lanzarse sobre la presa cuando les suelten la trailla. Murat deseaba ardientemente el menor pretesto de emplear la fuerza contra los inermes habitantes, é inmediatamente informado de lo que acababa de suceder, envió sin tardanza un batallon con dos piezas de artillería; pues la proximidad de su alojamiento á palacio facilitaba la pronta ejecucion de sus órdenes. El gran duque montó á caballo; con todo su estado mayor se colocó á la puerta de su alojamiento, é inmediatamente comunicó órdenes á las tropas acantonadas para que avanzasen sobre Madrid.

El batallon y las dos piezas se pusieron en movimiento, ansiosos los soldados de sangre y dispuestos á derramarla: pero mientras siguen su marcha vamos á dedicar un momento á la acongojada Dolores. Constante siempre en su propósito de buscar al perdido amante salió á la calle muy temprano; pero enteramente ignorante de cuanto pasaba en la villa. Nota-

ba mas animacion y veia en los semblantes pintada la inquietud, la pena y la duda; pero ocupada enteramente con la memoria de Manuel no fijaba casi la atencion en los objetos exteriores. En esta disposicion de ánimo y despues de haber recorrido varias calles, se paró en la Plaza Mayor, ó para respirar un momento ó para elegir el camino que le pareciera mejor. Cuantos pasaban á su lado echaban curiosas miradas sobre aquella hermosura marchita, y los que la habian conocido decian con lástima, «No es Dolores.»

Mucho habia cambiado en un mes. Sus mejillas mórvidas y rosadas, estaban pálidas y huesosas, sus frescos lábios, secos y marchitos, mal trenzado el negro cabello, y sus grandes ojos de azabache apagados, tristes y hundidos. Pocos dias habian transcurrido desde el 20 de marzo: Dolores contaba sus veinte y dos años como la primera vez que la vimos, y con todo qué diferencia. ¿Habia envejecido? No: los años no habian trazado todavía con su lento buril las huellas que van publicando la edad, la habia aniquilado de un golpe el rayo ardiente del dolor.

Una mano descarnada y fria tocó la espalda de Dolores, volvió la jóven la cabeza y lanzó un grito de terror: habia conocido á la bruja.